

EL ECO DE CARTAGENA.

Publicado 14 de Agosto de 1880.

AL SEÑOR
ANDRÉS BAQUERO ALMANSA
CORRESPONDIENTE DE LA HISTORIA.

Muy querido amigo: El con-
tado y sabio académico Sr. don
Lucisco Fernandez y Gonzalez.

Dicha carta ha venido á halagar
mi dos sentimientos, á cual más
custos: el del amor y el de la
ciudad. V. amigo Baquero, galante
siempre conmigo, sabiendo cuan-
do es mi cariño al suelo que con
tiernos lazos me ligó naturaleza,
querido exaltario h. blándome de
pasado con noticias que vienen á
confirmar gratamente lo que V. ha-
en mi intuiciones históricas;
(an) y á ponerme en el conoci-
miento de otras que ignoraba; y yo
aria al deber de esa amistad si
ara de hacer público mi recono-
cimiento. Gracias, pues, Sr. Ba-
quero.

Estas cosas en esta parte lo que pi-
ta urbanidad y el afecto de una
correspondencia, voy á ocu-
irme, siquiera sea ligeramente, de
unos de los puntos históricos de
que me trata sobre los cuales estoy
en discordancia con el Sr. Fernandez y
Gonzalez; y perdoneseme el atrevi-
miento. No soy fiscal de historia, ni
de hecho menos; pero tengo una carta
de naturaleza que cautiva mis afec-
tos y un título honroso que me obli-
ga y amante de mi patria y de mi
ciudad, no debo dejar correr en si-
lencio especies equivocadas, que si-
afectan profundamente glorias
universalmente reconocidas, cons-
tituyen, no obstante contra seculares
verdades, y acaso con ofensa de la
verdadera historia. Sirva, pues,
esta franca declaracion para asegu-
rar al Sr. Fernandez y Gonzalez de
la lealtad de mis intenciones.

El primer punto, que es para mi
el más capital, como que tiende á
menoscabar el prestigio del tiempo,
sobre venerable que nadie puede
negar á Cart. gena, es allí donde la
llama el ilustre académico la ciudad
de Asdrúbal. Si en esto quiso honrar
la memoria del gran capitán Carta-
ginés, aquí tiene mi pobre siempre-
sua dispuesto á colocarla en su in-
mortal corona; pero si es que se ha
dejado llevar inconscientemente de
opiniones poco reflexivas que lo pre-
sentan como el fundador de mi pá-
tria, es error que conviene refutar,

para que no tome fuerza de consis-
tencia viniendo por labios tan auto-
rizados.

Hagamos campo á Silio Itálico,
escritor acreditado del primer siglo
de J. C., poniendo aquí sus mismas
palabras al tratar de Cartagena:

*Urbs colitur Teucro quondam fun-
data vetusto.*

Nomen Carthago.

Este Teucro, segun el Jerundense
fué hijo de Telamon rey de los Sa-
laminos, y uno de tantos fugitivos
de la antigua capital de la Troade,
lo cual hace decir al P. Soler que
Cartagena nació de las cenizas de
Troya.

Trabajos cronológicos que la cri-
tica moderna admite y toma en cuen-
ta para sus cómputos, fijan la des-
trucción de aquella famosa ciudad
á los mil ciento ochenta y cuatro
años antes de la venida de J. C.; y par-
tiendo de este dato resultará que los
cimientos de Cartageua debieron
abrirse cerca de mil años antes que
el cartaginés Asdrúbal, como gober-
nador de España y capitán general
de los ejércitos de la República fija-
se su asiento en ella, lugar que, co-
mo es sabido, eligió para su corte,
pues conocidos son los aires que se
daba de soberano. *Montarchicam po-
testatem affectantem*, dice Polibio,
hablando de este ilustre caudillo.
Con efecto, la historia habla de pa-
lacios y otros magníficos edificios,
fortalezas y castillos, torres y sober-
bios muros con que dotó Asdrúbal
á Cartagena, donde por tantos años
palpitara la vida del imperio púnico
en España. Por eso Cayo Lelio la
llamó ante el Senado de Roma, *Ca-
put Hispaniae*; y Scipion decia á sus
soldados para animarles á tan gran
conquista. *In una urbe, universam
ceperitis Hispaniam*.

Yo bien se que no falta quien com-
bata la venida de Teucro á estas cos-
tas, pero hay sobradas pruebas en el
orden racional para hacer buena la
proposicion de Silio Itálico; conven-
gamos, pues, de una vez que cuan-
do Asdrúbal arribó á esta parte de
la península encontró al pié de es-
tas riberas una poblacion cualquie-
ra, ya fuese de origen foscense como
griego, tirio, fenicio ó bastitano; y
que prendado de su esceleute posi-
cion geográfica, la tomara para asien-
to de su gobierno y centro de sus
operaciones militares, engrandeciéndola
de una manera conforme á sus
miras políticas; y esto así, tendremos
que lo que en pluma del Sr. Fernan-
dez y Gonzalez pudiera parecer fun-
dacion, debe entenderse por amplia-
cion, reedificacion, estension ó en-
grandecimiento, como muy cuerda-
mente sienten el mismo P. Soler,
Chao, y algunos otros historiadores,
dejando así á salvo un prestigio de
antigüedad, cuyo origen se esconde
en las tinieblas de los tiempos, lo

cual ha dado pábulo á la fábula para
poéticas creaciones.

Yo, por mi parte, huyendo de lo
ficticio y metiéndome en lo probable,
pareceme descubrir los albores de
Cartagena mucho mas allá todavia
de lo que tácitamente sienta Masdeu,
contradictoriamente consigo mismo
añadiendo dice que los foscenses lle-
garon hasta *Cartagena*. Esto acon-
teció en el siglo VI antes de J. C.; pero
como antes de esto tenemos las huela-
llas de los *bástulos* y aun más an-
tes las de los *thobelianos*, casi me
atreveria á asegurar que la funda-
cion de Cartagena, siquiera empe-
zara por una humilde choza, levan-
tada tal vez al pié del monte donde
después se tributara incienso á Es-
culapio, se deba á alguno de los in-
migrantes del valle de Senaar.

Si llegara el caso de tener que dis-
cutir sobre este punto, ya tendré
ocasion de esponer mis teorías.

Basta por hoy y paso á ocuparme
de otro de los que toca el Sr. Fer-
nandez y Gonzalez con, el cual tam-
poco estoy conforme, Tal es el nú-
mero de sillas episcopales que pre-
senta en tiempo de los Godos.

En ellas echo de menos á *Oreto*
(Granátula); *Arcaviya* (Santaver) y
á *Urci* (Puerto de San A. 108.) En
cambio dá las de Virgi, Elche y Eio
que no entran en mis cuentas. Yo no
sé á que pueblo corresponderá este
último nombre, para mi desconoci-
do. Conozco si á *Ello*; pero este, si
se refiere á Totana, es grande error
por cuanto ni *Ello* es Totana ni To-
tana fué nunca obispado. *Ello* es hoy
la villa de Elda.

Pero no es aquí donde me lleva
mayormente el interés de mi cri-
tica; hay otro error de mayor mag-
nitud que indudablemente ha pasa-
do desapercibido para el Sr. Fernan-
dez y Gonzalez; tal es el presentar
á Cartagena y á Bigastro como si-
llas episcopales, cuando es sabido
que entre una y otra no hubo nun-
ca coexistencia; Bigastro no fué
obispado sino por la destruccion de
Cartagena; de modo que si el ilustre
académico lleva sus referencias an-
tes del siglo XVII sobre Bigastro en-
tre las sillas episcopales que men-
ciona; si después, hay que eliminar
á Cartagena. Las dos, vuelvo á repe-
tir, nunca fueron juntas en el tiem-
po. De aquí que las veintiuna dió-
cesis que presenta quedan reduci-
das á veinte.

Ahora, deseo conocer la parte
en que el Sr. Fernandez y Gonzalez
trata del metropolitano de la
provincia Cartaginense, por ser asun-
to de gran interés histórico; y reser-
vo mi opinion para cuando el ami-
go Baquero tenga la amabilidad de
darme traslado de ella.

Mientras tanto, le diré, que por lo
demás, el erudito trabajo del Sr. Fer-
nandez Gonzalez me ha complacido

grandemente, hasta el punto de ren-
dirle mi admiracion y respeto. V.
amigo Baquero, sabe cuanta es mi
aficion á los estudios históricos:
cuanto el celo por las glorias de mi
patria, y esto justificará á sus ojos
mi actitud, indudablemente por V.
presentada.

Bien decia V. amigo Baquero,
que sus indicaciones no habian de
caer en saco roto.

Sabe lo es siempre suyo afectí-
simo.

MANUEL GONZALEZ.

VARIEDADES.

Solucion á la charada anterior:
BOCA.

CHARADA POR PARTES.

En el todo ayer mañana
al salir de casa, ví
que la segunda era prima
y á fé que me sorprendí.

H.

La solucion en el número próximo.

CRONICA.

Los periódicos de Madrid andan
discutiendo las gracias, que se da-
rán á los militares, con motivo del
alumbramiento de S. M. la Reina.

Como nosotros no comprendemos
haya motivo de gracias, por tal su-
ceso, nos parece fuera de lugar la
discusion.

Con igual derecho debia agraciarse
á todos los empleados de la Nacion,
puesto que esta ultima, es la que sa-
tisface tales mercedes.

Vivimos en el siglo XVIII en vez
de vivir en los últimos años del XIX.
Siempre somos tan españoles.

Numerosa concurrencia acude to-
das las noches al café-restaurant del
muelle, donde cantares flamencos
distraen el tiempo de los aficionados
á este género de espectáculos.

El personal segun programas re-
partidos es el siguiente:

Cantaora.—La simpática Guditana
Trinidad la Parrala.

Tocaor.—El reputado Jerezano, Ma-
nuel Pozo.

Cantaor.—El aplaudido malagueño,
(a) El Portugués.

Bailaor.—El célebre sevillano, Ma-
nuel Gonzalez (a) Pampina.

Repertorio del canto.—Seguidillas,
—Gitanos.—Polo y cañas.—Soledad,
—Malagueña.—Peteneras.—Rome-
ras y otras varias canciones del mis-
mo género.

Los bailes son *jaleos* y *zapateados*.

Los bailes son *jaleos* y *zapateados*.

Deseamos buenos resultados á los